



Oscar Arias. Dos iniciativas suyas en política exterior no han tenido éxito.

RR-26-6-87

El plan naufragó

Los hechos han venido a demostrar que es imposible alcanzar la paz mediante la vía propuesta por el Gobierno de Costa Rica.

4 del 26 de junio al 2 de julio

Ricardo Lizano

Se veía venir. Aunque muchos de los que viajaban embarcados en el plan propuesto por Oscar Arias para alcanzar la paz en Centroamérica estaban llenos de optimismo, otros sabían que navegaban sobre aguas inciertas, más propicias para el naufragio que para llegar a puerto seguro.

Y así fue. Cuando menos lo esperaba, pocos días después de la reunión de los "Siete grandes", realizada en Italia, durante la que su iniciativa fue respaldada, el presidente de Costa Rica fue convocado a la Casa Blanca por el propio mandatario norteamericano, Ronald Reagan, para ser informado de que Estados Unidos no estaba de acuerdo con su plan de paz para el istmo.

Hasta aquí llegó el viaje. Muchas otras actividades alrededor de él podrán seguir su curso, pero sin el apoyo de los Estados Unidos—lo sabe todo el mundo—la gestión pacificadora de Oscar Arias no será más que un conjunto de buenos propósitos o una declaración lírica, que no surtirá ningún efecto en la realidad.

La situación no deja de ser incómoda para la actual administración. Se trata del segundo fiasco en materia de política exterior, durante poco más de un año de labores. Desde su primer día como gobernante, Oscar Arias quiso convertirse en el abanderado de una solución pacífica al conflicto centroamericano. Aprovechando la presencia de figuras como Raúl Alfonsín, presidente de Argentina, de Allan García, gobernante del Perú, así como de varios mandatarios del istmo, promovió la firma de una declaración de respaldo a su idea.

Sin embargo, al final de una larga jornada de deliberaciones, el 8 de mayo de 1986 fue imposible que los presidentes emitieran un comunicado como el que pretendió Arias. Aunque algunos funcionarios alegaron luego que nunca existió el propósito de lograr una declaración como aquella, otras fuentes afirmaron lo contrario y, más tarde, el titular de Relaciones Exteriores, Rodrigo Madrigal Nieto, confirmó que no se produjo debido a discrepancias entre los presidentes.

Concluido ese capítulo, las relaciones entre Costa Rica y Nicaragua se mantuvieron, prácticamente, en el mismo nivel de frialdad que les caracterizó durante la administración de Luis Alberto Monge. Y llegaron a sus mayores extremos, ya no sólo de frialdad sino de tensión, cuando los sandinistas demandaron a nuestro país ante la Corte Internacional de La Haya, a mediados de 1986.

Eso dio motivo a que, en no pocas oportunidades, el mandatario costarricense formulara fuertes declaraciones contra los comandantes nicaragüenses. Pero sorpresivamente, meses después anunció la presentación de su plan de paz, para lo cual convocó a una reu-

La reunión de presidentes efectuada en San José creó muchas expectativas.

nión en San José a los presidentes de Guatemala, Vinicio Cerezo; de El Salvador, José Napoleón Duarte y de Honduras, José Azcona.

El encuentro se realizó en febrero pasado y a partir de entonces se inició el largo camino que, todo pareciera indicar, concluyó en Washington el 16 de junio pasado cuando, oficialmente, Reagan le hizo saber a Arias su desacuerdo con la iniciativa.

El punto culminante de la discordia lo constituye una parte del plan de Arias que obligaría a los Estados Unidos a suspender la ayuda militar a los rebeldes antisandinistas mientras, supuestamente, los comandantes del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) atienden un programa con fechas fijas para democratizar a Nicaragua.

Esta propuesta resultó doblemente conflictiva. Para el gobierno norteamericano es inaceptable la suspensión de la ayuda militar a los antisandinistas, pues Reagan es un firme convencido de que, sin la presión bélica, los comandantes nicaragüenses nunca sentirán la necesidad de negociar con sus opositores. Estos, por su parte, han dicho muchas veces que el carácter de la revolución que impulsan—su orientación marxista leninista, a fin de cuentas—no es negociable.

Partiendo de estas concepciones antagónicas, es indudable que una propuesta como la del presidente Arias, estaba condenada a entrar en un callejón sin salida. Sin embargo, alentado

por sus buenos propósitos y estimulado por su asesor presidencial, John Biehl, el mandatario decidió consumir buena parte de su tiempo en impulsar, dentro y fuera del país, su iniciativa.

Pero los escollos eran más grandes de lo que el propio Arias pudo haber imaginado. En el mismo seno de su gabinete surgieron discrepancias sobre el énfasis que se le dio, desde un comienzo, al plan. Reveladoras de esa realidad, fueron unas declaraciones del titular de Relaciones Exteriores, Rodrigo Madrigal Nieto, quien afirmó a Rumbo que "la maquinaria de propaganda había funcionado un poco desconectada de la diplomática".

A esto había que sumar la posición que, posterior a la reunión de San José, asumirían El Salvador y Honduras, naciones cuya política exterior camina estrechamente vinculada a la de Estados Unidos. Además, en un país como El Salvador resulta extremadamente complejo la aplicación de medidas como la amnistía, otra de las sugerencias del plan Arias.

La receptividad que en los primeros días de su formulación tuvo esa iniciativa en diferentes círculos internacionales, así como la posibilidad de que Estados Unidos se viera obligado a terminar la ayuda a los rebeldes antisandinistas, hizo a los comandantes nicaragüenses mostrar un aparente apoyo a la gestión de Arias. Respaldo que, sin

embargo, nunca fue pleno y estuvo siempre condicionado a que ella fuera contemplada dentro del marco de las acciones del llamado Grupo de Contadora.

De todos modos, la parte esencial del plan que a ellos les correspondía cumplir—la democratización de Nicaragua—es una petición que nunca han estado dispuestos a satisfacer. Desde su punto de vista, eso implica negociar el carácter de la revolución, lo cual es incompatible con una visión marxista leninista de la realidad.

Mientras el plan de Arias fue sólo eso—una serie de buenos propósitos—todo aquel que pudo respaldarlo así lo hizo. Pero conforme avanzó el tiempo, llegó la hora de la verdad y se desnudaron las debilidades de la propuesta. Estados Unidos tomó nota de las que desde su punto de vista contenía y puso en marcha los mecanismos para enfrentarlas.

Luego de una visita por el istmo del enviado especial norteamericano, Phillip Habib, surgieron las primeras objeciones para la realización de la segunda fase del plan, una reunión de presidentes en Guatemala, programada originalmente para el 25 y 26 de junio. Pocos días antes del 25 de junio, el presidente de El Salvador, Napoleón Duarte, solicitó la suspensión del encuentro y, también, que previamente se realizara una reunión de cancilleres.

Esta petición, junto con la advertencia de Reagan a Arias, constituyeron el golpe de gracia para el plan. A su regre-

so a Costa Rica, el presidente no ocultó las discrepancias con el mandatario norteamericano, aunque insistió en que ellas radican en los medios y no en los fines.

Pero al margen de esas apreciaciones, es evidente que su iniciativa había entrado al callejón sin salida que le estaba reservado. El sólo hecho de que fuera pospuesta la reunión de presidentes, fue considerado por los sandinistas como una modificación del plan Arias, por lo que inmediatamente se apresuraron a advertir que no aceptaban el traslado del encuentro.

Rechazaron al mismo tiempo la reunión de cancilleres propuesta por El Salvador, la cual consideraron innecesaria. Sin embargo, en círculos diplomáticos se dice que el verdadero motivo por el que no aceptaron ese conclave, radica en el alto grado de desconfianza que le tienen a los cancilleres de Costa Rica y Guatemala.

En un escenario como éste, la iniciativa costarricense no tiene ninguna posibilidad de salir adelante. Aunque ya tarde, así parece haberlo entendido el propio gobierno que, a última hora, solicitó al Grupo de Contadora cumplir compromisos que había adquirido anteriormente. A fin de cuentas, la resurrección de esa gestión parece haber sido el único resultado concreto a que condujo el plan Arias. Un largo recorrido para llegar al mismo lugar donde se estaba, antes de que fuera puesto en marcha.



La reunión de presidentes efectuada en San José creó muchas expectativas.

RR-26-6-87